PUBLICACIONES DE LA
ACADEMIA CUBANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

HISTORIA Y SENTIDO DEL NOMBRE DE CUBA

POR
JOSE JUAN ARROM

**Discurso de Ingreso como Miembro Correspondiente,
leído en la Sesión Conmemorativa del
Día del Idioma
(23 de abril de 1964)
por el Dr. Juan Fonseca,
Secretario de la Corporación.**

**LA HABANA
1964**

HISTORIA Y SENTIDO DEL

NOMBRE DE CUBA

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL ARCHIVO NACIONAL

PALABRAS SOBRE JOSE JUAN ARROM

José Juan Arrom, profesor de la Universidad de Yale desde hace largos años, ingresa con el estudio que oiremos leer en breve, como Correspondiente en la Academia Cubana de la Lengua. El maestro de la *Historia de la Literatura Dramática en Cuba,* el investigador sagacísimo de los orígenes de nuestra obra teatral más antigua, ***El Príncipe jardinero y fingido Cloridano,*** cuyo verdadero autor, sospechado ya en un viejo texto escolar por Max Henríquez Ureña, el insigne dominicano de tan honda vinculación con nuestra cultura, probó de manera documental rigurosa ("el capitán Santiago Pita, habanero"), se incorporó como profesor adjunto a la famosa Universidad en el mismo año de su graduación. Discípulo del erudito Bliis Liquiens, el inolvidable iniciador en Yale de los estudios de Literatura Hispanoamericana, le sucedió en la cátedra dedicada a esa disciplina.

Le visité allí en un día del delicioso verano de New-Haven. Vivía en Say-Brook, retiro del genuino estudioso, uno de los lugares más gratos que puede encontrar en el mundo quien ame la soledad y el silencio. Está en la propia Universidad. La yedra trepadora que cubría el exterior de la vasta residencia profesoral, le daba un ambiente vetusto, acentuado por el estilo gótico de su arquitectura. Sentí aquel día la inesperada presencia de la Edad Media. Y no lejos estaba el centro deportivo de Yale, uno de los más célebres del mundo, en el edificio monumental en donde pueden practicarse tan diversos deportes que da la impresión de una experiencia olímpica constantemente renovada.

Arrom había invitado aquel día —era por agosto de 1944— a Robert S. Rose, el ilustre hispanista, jefe del Departamento Hispánico de la Universidad, y al eminente americanista S. Flagg Bemis, que hace algunos años habló en el Ateneo de La Habana de la tra-

PALABRAS SOBRE JOSE JUAN ARROM

José Juan Arrom, profesor de la Universidad de Yale desde hace largos años, ingresa con el estudio que oiremos leer en breve, como Correspondiente en la Academia Cubana de la Lengua. El maestro de la *Historia de la Literatura Dramática en Cuba,* el investigador sagacísimo de los orígenes de nuestra obra teatral más antigua, *El Príncipe jardinero y fingido Cloridano,* cuyo verdadero autor, sospechado ya en un viejo texto escolar por Max Henríquez Ureña, el insigne dominicano de tan honda vinculación con nuestra cultura, probó de manera documental rigurosa ("el capitán Santiago Pita, habanero"), se incorporó como profesor adjunto a la famosa Universidad en el mismo año de su graduación. Discípulo del erudito Bliis Liquiens, el inolvidable iniciador en Yale de los estudios de Literatura Hispanoamericana, le sucedió en la cátedra dedicada a esa disciplina.

Le visité allí en un día del delicioso verano de New-Haven. Vivía en Say-Brook, retiro del genuino estudioso, uno de los lugares más gratos que puede encontrar en el mundo quien ame la soledad y el silencio. Está en la propia Universidad. La yedra trepadora que cubría el exterior de la vasta residencia profesoral, le daba un ambiente vetusto, acentuado por el estilo gótico de su arquitectura. Sentí aquel día la inesperada presencia de la Edad Media. Y no lejos estaba el centro deportivo de Yale, uno de los más célebres del mundo, en el edificio monumental en donde pueden practicarse tan diversos deportes que da la impresión de una experiencia olímpica constantemente renovada.

Arrom había invitado aquel día —era por agosto de 1944— a Robert S. Rose, el ilustre hispanista, jefe del Departamento Hispánico de la Universidad, y al eminente americanista S. Flagg Bemis, que hace algunos años habló en el Ateneo de La Habana de la tra-

dición de Yale. En la sobremesa de aquel almuerzo, suculento a pesar de que estábamos en tiempos de guerra, Robert S. Rose evocó el recuerdo de un maestro y amigo que vive siempre en mi corazón: Don Adolfo Bonilla San Martín, el insigne historiador de la filosofía española, el caro y bien amado discípulo de Menéndez y Pelayo.

Andaba Arrom por el primer lustro de su vida profesoral. Su Historia de la Literatura Dramática en Cuba era un ejemplo de severa y bien ordenada erudición, de crítica ponderada, de amplias perspectivas. Su investigación en torno a Don Santiago Pita, el casi mítico autor de nuestra obra teatral más antigua, había sido pródiga en hallazgos. Y aquel día nos anunció el entonces joven maestro el tema de su nuevo curso monográfico: la Historia de la Literatura Dramática en Hispano-América. No mucho después aparecía un nuevo libro de Arrom: su Historia del Teatro de la época colonial en nuestra América: era el resultado de un año de estudio en los archivos y bibliotecas de los países de Ibero-América. El justo crédito de su monografía acerca del desenvolvimiento del teatro en Cuba, se confirmaba en esta otra de más amplias proporciones.

En la Primavera de 1948 ingresó Arrom en nuestra Academia Nacional de Artes y Letras. Versó su discurso sobre uno de los temas tratados en su monografía acerca de la Literatura Dramática en Cuba. Fue toda una revelación sobre El Príncipe Jardinero y fingido Cloridano. He aquí una obra semiolvidada que Arrom examina con el mismo rigor filológico con que un especialista puede acercarse a un misterio medieval o a una comedia clásica de una literatura moderna. Y en el magistral estudio no queda *El Príncipe jardinero* en los límites de una curiosidad más o menos arqueológica. Para Arrom el casi desconocido capitán Don Santiago Pita "no ha sido superado hasta la Avellaneda por ningún autor dramático cubano".

Aquellos versos en los que en un ensayo de mi lejana mocedad encontraba "un indudable acento calderoniano:

"Si he de morir de miraros
y de no veros tambien,
digo que elijo más bien
morir antes que dejaros".

y aquellas redondillas más calderonianas aún:

dición de Yale. En la sobremesa de aquel almuerzo, suculento a pesar de que estábamos en tiempos de guerra, Robert S. Rose evocó el recuerdo de un maestro y amigo que vive siempre en mi corazón: Don Adolfo Bonilla San Martín, el insigne historiador de la filosofía española, el caro y bien amado discípulo de Menéndez y Pelayo.

Andaba Arrom por el primer lustro de su vida profesoral. Su Historia de la Literatura Dramática en Cuba era un ejemplo de severa y bien ordenada erudición, de crítica ponderada, de amplias perspectivas. Su investigación en torno a Don Santiago Pita, el casi mítico autor de nuestra obra teatral más antigua, había sido pródiga en hallazgos. Y aquel día nos anunció el entonces joven maestro el tema de su nuevo curso monográfico: la Historia de la Literatura Dramática en Hispano-América. No mucho después aparecía un nuevo libro de Arrom: su Historia del Teatro de la época colonial en nuestra América: era el resultado de un año de estudio en los archivos y bibliotecas de los países de Ibero-América. El justo crédito de su monografía acerca del desenvolvimiento del teatro en Cuba, se confirmaba en esta otra de más amplias proporciones.

En la Primavera de 1948 ingresó Arrom en nuestra Academia Nacional de Artes y Letras. Versó su discurso sobre uno de los temas tratados en su monografía acerca de la Literatura Dramática en Cuba. Fue toda una revelación sobre El Príncipe Jardinero y fingido Cloridano. He aquí una obra semiolvidada que Arrom examina con el mismo rigor filológico con que un especialista puede acercarse a un misterio medieval o a una comedia clásica de una literatura moderna. Y en el magistral estudio no queda *El Príncipe jardinero* en los límites de una curiosidad más o menos arqueológica. Para Arrom el casi desconocido capitán Don Santiago Pita "no ha sido superado hasta la Avellaneda por ningún autor dramático cubano".

Aquellos versos en los que en un ensayo de mi lejana mocedad encontraba "un indudable acento calderoniano:

"Si he de morir de miraros
y de no veros tambien,
digo que elijo más bien
morir antes que dejaros".

y aquellas redondillas más calderonianas aún:

"Quien, Señora, ha de nombraros,
bien será que lo recuerde:
soy un infeliz que hoy pierde
el seso por adoraros.

Un vapor soy que del suelo
apenas hubo nacido
se quedó desvanecido
por querer subir al cielo.

Un águila que atrevida
nuestro hermoso sol ganó
y de la esfera cayó
en cenizas convertida.

Soy, si queréis acordaros,
quien a influjos del destino,
a vuestros jardines vino
sólo por idolatraros".

tienen en las eruditísimas páginas del discurso académico de Arrom una exégesis tan docta como sugestiva. El matiz calderoniano de "El Príncipe" se prueba cumplidamente.

El breve y esclarecedor estudio que con su arte de gran lector oiremos leer al Dr. Juan Fonseca, el ilustre humanista, *Historia y sentido del nombre de Cuba*, y con estas páginas quiere la Academia Cubana de la Lengua conmemorar la gran fecha cervantina que es, por excelencia, el Día del Idioma, es un nuevo testimonio de la constante preocupación por Cuba y por lo cubano del maestro de Yale. La Academia Cubana recibe jubilosa como su Correspondiente en New-Haven al ilustre hijo de Holguín, la cuna de nuestro gran Calixto García, y al darle, en nombre de nuestra Corporación, la más cordial bienvenida, no puedo menos de recordar aquel día de un verano en Yale, en el que pude sentir la vívida y entrañable cubanía del autor del Proceso Generacional de las letras hispanoamericanas, (la última monografía publicada por Arrom, que aún no nos ha llegado, pero que conozco por los avances del Boletín del Instituto Caro-Cuervo, el prestigiosísimo centro de estudios de Bogotá), como si el

cierzo y los hielos del Norte, junto al maravilloso silencio de New-Haven, le hicieran pensar más y más ahincadamente en el cielo, el mar y el campo de su muy amada isla nativa.

JOSE MARIA CHACON Y CALVO

Director de la Academia Cubana de la Lengua,
Correspondiente de la Real Española.

SOLEDAD TENGO DE TI,
OH TIERRA DONDE NACI.
(De un poema tradicional, siglo XVI).

HISTORIA Y SENTIDO DEL NOMBRE DE CUBA

Señor Director de la Academia Cubana de la Lengua:
Señores Académicos:
Señoras y señores:

Los que nos dedicamos al estudio de la literatura, tarde o temprano hemos de ocuparnos también de la materia con que se forja la literatura, es decir, de la lengua en que ésta cobra forma. Y por eso, al recibir yo la honrosa distinción, que profundamente agradezco, de haber sido elegido miembro correspondiente de la Academia Cubana de la Lengua, he creído que mi deber —por académico y por cubano— es comenzar mi tarea en el seno de esta docta corporación poniendo en orden las notas que por largo tiempo he ido reuniendo sobre las vicisitudes y el primigenio significado de una palabra que a todos nos une: el nombre de nuestra patria.

La palabra *Cuba* ha tenido una curiosa historia en los casi cinco siglos de vida que lleva en nuestra lengua. Desde el principio fueron numerosos los intentos por eliminarla como nombre de la mayor de las Antillas, y no menos numerosos fueron luego los esfuerzos por descubrir su sentido original. Pero todo resultó en vano. Cuba ha seguido llamándose Cuba, y su etimología ha continuado siendo hasta hoy el inviolable secreto de un pueblo desaparecido.

Trayectoria del Nombre.—El primero en registrar el nombre, y también en tratar de sustituirlo, fue Colón. El 21 de octubre de 1492 lo asienta por primera vez en su *Diario de viaje*. Parece que no lo había oído bien, y por eso escribe: "Otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman *Colba*". (1) Dos dias después, habiendo afinado mejor el oído a los sonidos de la lengua

(1) En la edición de Julio F. Guillén, *El primer viaje de Cristóbal Colón*, Madrid, 1943, págs. 67 y siguientes.

taína, apunta:"Quisiera hoy partir para la Isla de Cuba, que creo debe ser Cipango". Al día suiguiente. "Esta noche levantar anclas... para ira la isla de Cuba".Y el 26 de octubre "Dijeron que llevaban que habia de ellas a Cuba andadura de dia y medio en sus almadias.

El domingo 28 de octubre arriba a la isla deseada. La suavidad del clima y el verdor del paisaje le llenan de admiración y júbilo. La euforia del descubrimiento la vierte en renglones que cobran

tensión de prosa poética. Escribe así el primer elogio de Cuba en lengua española. Y nos deja una frase inolvidable: "Es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto".

Pasan días, semanas. Sigue explorando sus costas; sigue deleitándose en redactar líricas descripciones. Y sigue llamándola como de costumbre: Cuba. Listo ya a partir en busca de otras tierras, el 5 de diciembre anota: "De esta gente diz que los de Cuba o Juana, y de todas esotras islas, tienen gran miedo". Y unos renglones más abajo: "Así que . . . determiné de dejar a Cuba o Juana".

Juana la llamó por el príncipe don Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos. Y una vez yuxtapuesto el término castellano al nombre indígena, comienza el forcejeo entre los dos topónimos. Al siguiente día, 6 de diciembre, Colón se olvida momentáneamente y escribe: "Los puertos de Cuba". Pero pronto vuelve a las andadas. El 11 de diciembre anota: "La isla Juana, a que llaman Cuba"; el 12: "La isla Juana de Cuba"; el 21, prescindiendo ya del nombre aborigen: "En las otras tierras de la Juana". El 24: "La tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba". Y el 6 de enero: "La isla de Juana". Poco tiempo después, el Almirante pone proa rumbo a Europa. En alta mar, cerca de las Azores, redacta una de las cartas más importantes que se han escrito en cuanto a América, pues con esa carta entra el Nuevo Mundo en la historia de Occidente. Pero en ella para nada menciona ya la palabra Cuba. Al hacer relación de las islas que acababa de descubrir dice:

> A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado: los indios la llaman Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción;

a la tercera Fernandina; a la cuarta la Isabela; a la quinta Juana, y así a cada una un nuevo nombre... (2)

Y en el resto de la carta es siempre Juana: "Cuando yo llegué a la Juana ... así como de la Juana ... por la isla Juana ..." El proceso de sustitución había llegado a su fin. Ahora bien, el propósito del Almirante resultó fallido. Los españoles que luego vinieron tras de él, cediendo ante el misterioso atractivo de la voz indígena, ignoraron por completo lo de Juana.

De esa misma carta de Colón surgió otro nombre para Cuba. El nuevo bautizo no obedeció a un propósito deliberado, sino a una simple confusión. Algún lerdo cartógrafo, confundiendo la cuarta isla con la quinta, estampó sobre el no menos confuso contorno de Cuba la palabra Isabela. Y de allí el error pasó a otras cartas geográficas. Sin proponerme agotar la búsqueda, sé de varios mapas, hechos entre 1502 y 1522, en los cuales se nombra Isabela a nuestra isla. Tales son el conocido por Mapa de Cantino, el llamado Mapa del Almirante, los que aparecen en la *Geografía* de Tolomeo, ediciones de 1513 y 1522, y el de Costa. (3) Pero, por otra parte, en los mapas españoles hechos por esos mismos años (Juan de la Cosa, 1500; Pedro Mártir de Anglería, 1511), se la siguió llamando como de costumbre: Cuba.

Frustrado el intento de sustitución de Colón, y salvada la equivocación de los cartógrafos referidos, surge otro intento de eliminación aún más peligroso. Por real cédula del 28 de febrero de 1515 se mandó que "de aquí en adelante esa isla, que hasta aquí se llamaba de Cuba, se llame Fernandina". (4) Este nombre, según se ha

---

(2) En la edición de Carlos Sanz, *La carta de Colón anunciando la llegada a las Indias*, Madrid, 1958. Contiene la reproducción facsimilar de las diecisiete ediciones conocidas.

(3) Varios de estos mapas están reproducidos en Justin Winsor, *Christopher Columbus*, Boston and New York, 1891, págs. 419, 534, 552 y 571. En cuanto a otros mapas hechos en estos años, puede consultarse, en el mismo Winsor, las páginas 424-425 y, sobre todo, R. A. Skelton "The Cartography of Columbus' First Voyage", en *The Journal of Christopher Columbus*, translated by Cecil Jane, with an appendix by R. A. Skelton, New York, 1960, págs. 217-227 e ilustraciones fuera de texto.

(4) Real cédula, 28 de febrero de 1515. En *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*. Segunda serie. Tomo núm. 1, Isla de Cuba, Madrid, 1885, págs. 58-59.

visto, se lo había puesto Colón a una de las Bahamas. Pero ahora, al dárselo a Cuba, el cambio contaba a su favor con dos fuerzas poderosas. Por una parte, esta vez se designaba así a la isla en honor y por orden del rey mismo: el uso del término tenía, por consiguiente, carácter de real mandato. Por otra parte, Fernandina es indudablemente una voz eufónica, atractiva, sugeridora. La terminación femenina le añade un tono melodioso y poético. El ritmo binario la hace flexible, cimbreante. Repetida, constituye un verso octosílabo digno del mejor romance caballeresco. Nombre, por tanto, apropiadísimo para una bella dama. O para una bella isla. La palabra Cuba entraba ahora en lucha con una fuerte competidora.

Los documentos que he revisado de los próximos años revelan cuán reñida fue la pugna. Una ojeada a los tres tomos de la *Colección de documentos inéditos de Ultramar* concernientes a Cuba (5) demuestra que Fernandina, al principio, llevó las de ganar. De 1515 a 1528 la fórmula usual era: "la isla Fernandina, que antes se llamaba Cuba", o "la isla Fernandina, que antes se solía llamar de Cuba", y al referirse de nuevo a ella en un mismo documento, simplemente se repetía "dicha isla Fernandina". De 1519 a 1526, consumado el total desplazamiento, únicamente se escribía "isla Fernandina". En 1527, si bien en la mayor parte de las veces se dice "isla Fernandina", se desliza un caso de "isla Fernandina, que antes se llamaba Cuba" y otro de "isla de Cuba". En 1528 sólo se usa "isla Fernandina" y en una ocasión se la llama, para mayor pompa, "esta isla Fernandina de las Indias del Mar Oceano". El triunfo parecía definitivo. Pero de 1529 a 1555 vuelve a emplearse indistintamente uno u otro nombre. El término Cuba unas veces avanza, otras retrocede, y en aquellas escaramuzas poco a poco va recobrando su antiguo dominio. En los documentos suscritos en los años 1555 y 1556 el nombre que asiduamente se emplea es ya el de Cuba.

En el tomo primero de las *Actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana* (1550-1565) se repite la contienda con el mismo resultado. (6) De 1550 a 1554 aparece siempre Fernandina, y las

---

(5) *Ibid.*, tomo núm. 1, Isla de Cuba, Madrid, 1885; tomo núm. 4, II de la isla de Cuba, Madrid, 1888; tomo núm. 6, III de la isla de Cuba, Madrid, 1891.

(6) *Actas capitulares del Ayuntamiento de La Habana,* tomo I, 1550-1565, La Habana, 1937.

fórmulas van desde la sencilla "isla Fernandina" hasta la engolada "isla Fernandina de las Indias del Mar Oceano". En 1555 —año en que saquea la ciudad Jacques de Sores— las actas omiten toda referencia al nombre de la isla. Pero a partir del cabildo del 3 de enero de 1556, con sólo dos excepciones en diez años, se dirá siempre Cuba. Y los dos tomos de documentos del *Archivo de protocolos de La Habana,* que datan de 1578 a 1587, confirman el hecho: por esas fechas no hay ya ni siquiera una sola mención de Fernandina. (7)

Ahora bien, si Fernandina pierde hacia 1555 su ascendiente social entre funcionarios y escribanos, medio siglo después todavía sobrevive, con función suntuosa y musical, para deleite de un poeta criollo. En 1604, Lorenzo Laso de la Vega, el sonetista de mayor vuelo de los que elogian al autor del *Espejo de paciencia,* escribe:

Dorada isla de Cuba o Fernandina,
de cuyas altas cumbres eminentes
bajan a los arroyos ríos y fuentes
el acendrado oro y plata fina. (8)

Y con la misma función vuelve a usarse, hacia fines del siglo XVIII, en el título de una de las dos historias que se escriben en Cuba en aquella época. Ignacio José Urrutia y Montoya llama a su obra, terminada en 1791, *Teatro histórico, jurídico y político militar de la isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital La Habana.* En el texto, empero, se dice siempre Cuba, o la isla de Cuba. (9) Fernandina, constituída en término pintoresco y decorativo, no penetra más allá del título. Queda reducida, pues, a puro adorno. La lucha había terminado con la victoria definitiva de la palabra autóctona sobre la advenediza.

Etimologias Propuestas.—Si notable ha sido la vitalidad de la voz indígena ante los intentos por eliminarla, no lo ha sido menos la resistencia que ha presentado ante los numerosos esfuerzos por despejar su primitivo significado.

---

(7) María Teresa Rojas, *Indice y extractos del Archivo de Protocolos de La Habana,* tomo I, 1578-1585, La Habana, 1947; tomo II, 1586-1587, La Habana, 1950.

(8) Silvestre de Balboa, *Espejo de paciencia,* La Habana, 1960, pág. 51.

(9) Cito por la edición de La Habana, 1876.

De esos esfuerzos, el primero que he podido encontrar lo realizó, en 1681, un oidor de la audiencia de Lima, el Dr. Diego Andrés Rocha, en su *Tratado único y singular del origen de los indios.* Y no cabe duda de que fue única y singular la tesis que allí propuso. Según el Dr. Rocha, los indígenas americanos descienden de Túbal, hijo de Jafet. Y uno de los argumentos que aduce en defensa de su tesis es que La Habana "parece tomó el nombre de Javán, hermano de Túbal", y Cuba se deriva de *cuba*, voz castellana, o de Acuba, uno de los descendientes de Annon, hijo de Esdras. (10) De este género de derivaciones, basado en la simple homofonía de los términos, ya se burlaba Las Casas, más de un siglo antes, en la *Apologética historia de las Indias.* Comentaba Las Casas:

> En esta isla Española hobo una reina y gran señora que se llamó Anacaona, de que se hizo mención hablando de los reyes della, y porque *Ana* en lengua hebrea quiere decir "graciosa o misericordiosa, o que canta o que responde", y otras significaciones que pone San Hierónimo, pareció al dicho doctor que de judíos venían estas naciones. Otro vocablo tenían en su lengua, y es *ita* por "no sé"; luego, pues *ita* es vocablo latino, digamos que descendieron de latinos o italianos o de gente que hablaban latín . . . Item, en la lengua general de la Española decían *batea* por "dornajo", y en Cataluña hay una villa que se llama Batea; luego de catalanes podemos decir que vinieron . . . (11)

Pues bien, no obstante lo insatisfactorio —e irrisorio— de tal método, en 1885 vuelve a emplearlo José Macías en su *Diccionario cubano, etimológico, crítico, razonado y comprensivo.* Aunque la erudición lingüística está ahora más adelantada, los resultados vuelven a frisar con lo humorístico. Dice Macías:

> Pudiera creerse que Cuba era una adulteración de *Cova*, voz derivada del perdido vocablo "cova" (cuya existencia hemos justificado con su derivado "covacha"); pero bien es-

(10) Diego Andrés Rocha, *Tratado único y singular del origen de los Indios.* Primera ed., Lima, 1681. Cito por la edición de Madrid, 1891, cap. III, especialmente pág. 93.

(11) Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia de las Indias,* cap. CCXLI. Cito por la edición de Madrid, 1909, pág. 633.

> tudiada la dicción, nos hemos decidido por afirmar que *Cuba* se derivó de "cuba" (en el sentido de "barrigón"), procedente del ablat. sing. de *cupa, ae,* "cuba o tonel", vocablo origin. del gr. *kúpê, ês,* "cavidad". Nuestra creencia la viene a confirmar el nombre burlesco probablemente de *cibuneyes,* o "cebados". (12)

Lo que Macías no nos dice, desde luego, es cómo se las arreglaría el erudito indígena que primero nombró a Cuba para aprender de antemano idiomas europeos, o en qué se funda Macías para creer que a los frugales siboneyes se les hubiese llamado alguna vez "cebados". Ahora bien, no todo es jocoso desatino en este párrafo. Es patente que ni *Cuba,* voz taína, tiene que ver etimológicamente con las españolas "cueva" y "cuba", ni *cibuney* con "barrigón" o "cebado". Pero Macías apunta aquí una relación entre *Cuba* y *cibuney* que ha de reaparecer más adelante.

En 1920 Leo Weiner, profesor de lenguas y literaturas eslávicas de la Universidad de Harvard, propuso otra singular etimología en su obra *Africa and the Discovery of America.* El profesor Weiner comienza por asumir que el *Diario de viaje* y la carta en que Colón da cuenta del descubrimiento son falsificaciones parciales o totales y, después de una laboriosa constatación de las distintas formas registradas de la palabra *Cipango,* concluye:

> We saw that *Cipango* produced some such form as *Cupago,* which led to *Cubanacan.* Somebody at once suggested that this must be *Cublaycan,* "the Great Khan", but they soon found out that the etymology really meant "inside of Cuba", Herrera suggesting the division *cuba* + *nacan.* In reality the division is *Cubana* + *can,* where *can* stands for Mandinga *konno* "inside". Here obviously the Guinea ambassador [el marinero Rodrigo de Jerez] suggested the etymology. Columbus at first accepted the first verdict and so

(12) José Miguel Macías, *Diccionario cubano, etimológico, crítico, razonado y comprensivo,* Veracruz, 1885, pág. 395.

> wrote *Colba,* for *Cobla,* as the name of the island, which he at once changed to *Cuba.* (13)

La tesis de Weiner no parece más acertada que las anteriores. En ella trastrueca la cronología, asume hechos sin base histórica, confunde los idiomas y arbitrariamente divide las palabras. Con la agravante, además, de que para darle cierto aire de validez a sus conjeturas, se ve obligado a convertir al Descubridor y su tripulación en un hatajo de impostores. Y la verdad es que no valía la pena formular tan serias acusaciones para llegar a resultados tan contraproducentes. *Cuba,* palabra taína, tampoco tiene relación etimológica ni con la asiática *Cipango* ni con la africana *konno.*

Otro grupo de investigadores, éstos mejor orientados, han enfilado sus indagaciones hacia las lenguas indígenas. Así, en 1891, el lingüista León Douay, en sus *Études étymologique sur l'antiquité américaine,* se enfrenta con nuestro topónimo y consigna: "*Cuba.*— Nous ignorons sa signification dans la langue indigène". Y por no quedarse sin sugerir algo, a continuación agrega: "En Maya: *cuba,* "coude"? (14)

En 1907 Cayetano Coll y Toste, aprovechando las escasas noticias que entonces logró reunir de la primitiva lengua de las Antillas, da la siguiente explicación:

> *Cuba.*—Nombre de la mayor de las islas del archipiélago antillano. Bachiller y Morales [*Cuba primitiva,* 2ª ed., La Habana, 1883, pág. 255] manifiesta que la significación de la palabra no está determinada.
>
> Opinamos que significa "sitio grande". El vocablo tiene dos raíces indoantillanas: *coa,* "lugar o sitio" y *bana,* "grande". Aglutinadas estas dos raíces resulta *coabana.* La fusión de los vocablos trae *cuabana,* como tenemos en Puerto Rico *coamo* y *cuamo,* designando un río y un lugar de la isla.

---

(13) Leo Weiner, *Africa and the Discovery of America,* 3 vols. La cita en el vol. I, Filadelfia, 1920, págs. 12-13.

Basado en ésta y otras suposiciones parecidas, el Dr. Weiner llegó a la sorprendente conclusión de que los africanos habían estado en América antes de Colón.

(14) León Douay, *Études étymologiques sur l'antiquité américaine,* Paris, 1891, pág. 26.

> wrote *Colba*, for *Cobla*, as the name of the island, which he at once changed to *Cuba.* (13)

La tesis de Weiner no parece más acertada que las anteriores. En ella trastrueca la cronología, asume hechos sin base histórica, confunde los idiomas y arbitrariamente divide las palabras. Con la agravante, además, de que para darle cierto aire de validez a sus conjeturas, se ve obligado a convertir al Descubridor y su tripulación en un hatajo de impostores. Y la verdad es que no valía la pena formular tan serias acusaciones para llegar a resultados tan contraproducentes. *Cuba*, palabra taína, tampoco tiene relación etimológica ni con la asiática *Cipango* ni con la africana *konno.*

Otro grupo de investigadores, éstos mejor orientados, han enfilado sus indagaciones hacia las lenguas indígenas. Así, en 1891, el lingüista León Douay, en sus *Études étymologique sur l'antiquité américaine,* se enfrenta con nuestro topónimo y consigna: "*Cuba.*— Nous ignorons sa signification dans la langue indigène". Y por no quedarse sin sugerir algo, a continuación agrega: "En Maya: *cuba,* "coude"? (14)

En 1907 Cayetano Coll y Toste, aprovechando las escasas noticias que entonces logró reunir de la primitiva lengua de las Antillas, da la siguiente explicación:

> *Cuba.*—Nombre de la mayor de las islas del archipiélago antillano. Bachiller y Morales [*Cuba primitiva,* 2ª ed., La Habana, 1883, pág. 255] manifiesta que la significación de la palabra no está determinada.
>
> Opinamos que significa "sitio grande". El vocablo tiene dos raíces indoantillanas: *coa,* "lugar o sitio" y *bana,* "grande". Aglutinadas estas dos raíces resulta *coabana.* La fusión de los vocablos trae *cuabana,* como tenemos en Puerto Rico *coamo* y *cuamo,* designando un río y un lugar de la isla.

---

(13) Leo Weiner, *Africa and the Discovery of America,* 3 vols. La cita en el vol. I, Filadelfia, 1920, págs. 12-13.

Basado en ésta y otras suposiciones parecidas, el Dr. Weiner llegó a la sorprendente conclusión de que los africanos habían estado en América antes de Colón.

(14) León Douay, *Études étymologiques sur l'antiquité américaine,* Paris, 1891, pág. 26.

El polisintetismo trae la contracción de la palabra, y tenemos entonces *cuaba* y *cuba* finalmente. (15)

Si bien esta explicación va mejor encaminada que las anteriores, tampoco es del todo satisfactoria. Por de pronto, *coa*, no significa "sitio o lugar". Las Casas específicamente declara: "*Coas* ... son unos palos tostados que usan por azadas". (16) Y el término ha sobrevivido en el habla campesina cubana con idéntico sentido al continuarse empleando la coa como instrumento agrícola. (17) Dicho término, además, se ha conservado sin cambio fonético alguno, con el sentido traslaticio de "cabo" o "punta", en numerosos topónimos de origen taíno, tales como Baracoa, Casibacoa, Jibacoa y otros más. Y en cuanto a "grande", precisamente la palabra que, según los cronistas, significó "sitio grande" es Quisqueya, uno de los términos con los cuales designaban los taínos a la Española. A ese respecto, Mártir de Anglería específicamente consigna: "Los nombres que los primitivos habitantes pusieron a la Española fueron, primero, Quisqueya, después Haití ... Llaman *quizquella* a alguna cosa grande que no la haya mayor". (18) La hipótesis de Coll y Toste, por consiguiente, es insostenible desde el principio.

Basándose también en el origen antillano de la voz, en 1937 Fernando Ortiz da considerable impulso a la hipótesis relacionada con la palabra *Ciboney*. Dice el admirado propulsor de estos estudios en Cuba:

> El *ciboney* moraba en las cavernas, siendo probable que su denominación de *ciboney* así lo indicara y sea de la misma raíz del nombre *Cuba*, que los taínos, desde Haití, daban a la montañosa parte oriental de nuestra isla. Uno y otro vocablo parecen provenir de la voz *ciba*, que significa "piedra, montaña, cueva". (19)

---

(15) Cayetano Coll y Toste, *Prehistoria de Puerto Rico*, San Juan, 1907, pág. 235.

(16) Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, cap. CXXI.

(17) Esteban Rodríguez Herrera, *Léxico mayor de Cuba*, vol. I, La Habana, 1958, pág. 342.

(18) Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Década II, libro VII. Cito por la edición en español, Buenos Aires, 1944, pág. 261.

(19) Fernando Ortiz, "Cuba primitiva. Las razas indias", en *Cuadernos de historia habanera*, núm. 10, La Habana, 1937, pág. 36.

> El polisintetismo trae la contracción de la palabra, y tenemos entonces *cuaba* y *cuba* finalmente. (15)

Si bien esta explicación va mejor encaminada que las anteriores, tampoco es del todo satisfactoria. Por de pronto, *coa,* no significa "sitio o lugar". Las Casas específicamente declara: "*Coas* ... son unos palos tostados que usan por azadas". (16) Y el término ha sobrevivido en el habla campesina cubana con idéntico sentido al continuarse empleando la coa como instrumento agrícola. (17) Dicho término, además, se ha conservado sin cambio fonético alguno, con el sentido traslaticio de "cabo" o "punta", en numerosos topónimos de origen taíno, tales como Baracoa, Casibacoa, Jibacoa y otros más. Y en cuanto a "grande", precisamente la palabra que, según los cronistas, significó "sitio grande" es Quisqueya, uno de los términos con los cuales designaban los taínos a la Española. A ese respecto, Mártir de Anglería específicamente consigna: "Los nombres que los primitivos habitantes pusieron a la Española fueron, primero, Quisqueya, después Haití ... Llaman *quizquella* a alguna cosa grande que no la haya mayor". (18) La hipótesis de Coll y Toste, por consiguiente, es insostenible desde el principio.

Basándose también en el origen antillano de la voz, en 1937 Fernando Ortiz da considerable impulso a la hipótesis relacionada con la palabra *Ciboney.* Dice el admirado propulsor de estos estudios en Cuba:

> El *ciboney* moraba en las cavernas, siendo probable que su denominación de *ciboney* así lo indicara y sea de la misma raíz del nombre *Cuba,* que los taínos, desde Haití, daban a la montañosa parte oriental de nuestra isla. Uno y otro vocablo parecen provenir de la voz *ciba,* que significa "piedra, montaña, cueva". (19)

---

(15) Cayetano Coll y Toste, *Prehistoria de Puerto Rico,* San Juan, 1907, pág. 235.

(16) Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias,* lib. I, cap. CXXI.

(17) Esteban Rodríguez Herrera, *Léxico mayor de Cuba,* vol. I, La Habana, 1958, pág. 342.

(18) Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo,* Década II, libro VII. Cito por la edición en español, Buenos Aires, 1944, pág. 261.

(19) Fernando Ortiz, "Cuba primitiva. Las razas indias", en *Cuadernos de historia habanera,* núm. 10, La Habana, 1937, pág. 36.

La voz *ciba* está, en efecto, ampliamente documentada en los primeros cronistas de Indias con el significado de "piedra"; pero no con el de "montaña" o el de "cueva". Las Casas, por ejemplo, declara en su *Apologética historia:* "Los indios, por su lenguaje, llamaban a esta provincía Çibao, por la multitud de piedras; porque *çiba* quiere decir piedra". Y más adelante agrega: ". . . sartas de cuentas que llaman *çibas* . . . porque *çibas* llamaban a todas las piedras, y *çibos* a estas cuentas por excelencia". (20) Y fray Ramón Pané: "Guabonito le dio . . . muchas *cibas* para que las llevase sujetas a los brazos, pues en aquel país *cibas* son piedras". (21)

Se habrá notado, de paso, que Las Casas transcribe la voz taína con ç. La pronunciación de la ç en la primera parte del siglo XVI ha sido cuestión largo tiempo debatida. (22) Hoy, empero, se da por seguro que en aquellos años no se pronunciaba como la ç en latín (Cicero /Kíkero/), ni era tampoco interdental como la actual c castellana ante *e* o *i*, (cinco /Oinko/), (23) sino que debió pronunciarse como *s* fricativa dental. La cuestión, no resuelta en todos sus pormenores todavía, la resume D. Lincoln Canfield en los siguientes términos:

> Aunque la ç y la *z* eran indudablemente africadas, [ts] y [dz], en la remota Edad Media, y aunque pueden haber existido vestigios del elemento oclusivo en el habla conservadora de Toledo y en la concepción de ciertos gramáticos, no parece sino que *para 1492 quedaban fricativas dentales,* ora tal vez de carácter plano y por lo tanto diceante (sin ser interdentales), ora de carácter sibilante (redondeado), pero en todo caso muy distintas acústicamente de la *s* ápicoalveolar. *Los misioneros españoles usaban la ç para describir la [s] de tantas lenguas distintas de América,* y para representar la

(20) Las Casas, *Apologética historia,* pág. 16 y pág. 521.

(21) Ramón Pané, en los informes rendidos al Almirante, recogidos por Fernando Colón en su *Vida del Almirante don Cristóbal Colón.* En la edición de México, 1947, pág. 189.

(22) Amado Alonso, *De la pronunciación medieval a la moderna en español, ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa,* Madrid, 1955, págs. 93-450.

(23) *Ibid.,* págs. 98-102, 104-105 y 369-372.

[ts] de los idiomas indígenas empleaban *tz*, sonido que para ellos merecía atención especial. (24)

Por consiguiente, la palabra taína que Las Casas transcribe por *çiba* no se pronunciaba ni /kiba/ ni /Oiba/ sino /siba/. La aclaración es importante. *Çiba*, como bien apunta Ortiz, sin duda ha dado *siboney* "hombre-piedra", y también *siboruco* o *seboruco* "pedrusco". Lo que no ha podido dar, con un violento cambio fonémico que transformaría la /s/ en /k/, es Cuba.

Seis años después, don Fernando incide sobre el mismo asunto. Basándose en la implícita conjetura de que *çiba* significa "montaña", escribe en 1943:

> Consta que ciertos indios antillanos creían que los muertos en su viaje de ultratumba iban hacia el oeste, o sea hacia donde muere el sol, hacia la región de las tinieblas nocturnas. Esta creencia, muy extendida en muchos pueblos, era la que hacía decir a los taínos de Haití que sus muertos iban a *Coaibais*, vocablo que, indicando un país montañoso del occidente, parece ser el mismo vocablo *Cuba*. (25)

No he hallado que el vocablo *Coaybay* indicase "país montañoso del occidente". Todo cuanto hasta hoy he podido encontrar en los cronistas es lo que consignó Pané:

> Creen que hay un lugar al que van los muertos, que se llama *Coaybay*, y está al lado de la isla que se llama *Soraya*. El primero que estuvo en *Coaybay* dicen que fue uno que se llamaba *Maquetaurie Guayava*, que era señor del dicho *Coaybay*, casa y habitación de los muertos. (26)

(24) D. Lincoln Canfield, *La pronunciación del español en América, ensayo histórico-descriptivo*, Bogotá, 1962, pág. 66.

A mayor abundamiento, Guillermo L. Guitarte, notable filólogo argentino, amablemente me comunica que a principios del siglo XVI, según la argumentación de Diego Catalán, "hasta los sevillanos cultos pronunciaban fricativa la ç— y Las Casas lo era— y que "en el ambiente andaluzado de las Antillas primaría, por tanto, la ç fricativa".

(25) Fernando Ortiz, *Las cuatro culturas indias de Cuba*, La Habana, 1943, pág. 37.

(26) Pané, pág. 192.

Coaybay, según se desprende de esta cita, equivaldría a "casa y habitación de los muertos" más bien que a "país montañoso del occidente". Además, "país áspero o montañoso" es justamente el significado que ha quedado documentado de la palabra *Haití.* "Haití", consigna Mártir de Anglería, "significa aspereza en su lengua antigua, y así llamaron a toda la isla . . . por el aspecto áspero de sus montañas". (27)

NUEVO PLANTEAMIENTO.—El recuento de estos diversos esfuerzos demuestra que nos hallamos ante un caso de veras dificultoso. Mayor razón, pues, para que tratemos de hallar una nueva solución, o al menos de replantear el problema en términos más científicos.

Descartadas las explicaciones de Rocha, Macías y Weiner, las demás concuerdan en examinar la cuestión a la luz de algún conocimiento de la antigua lengua de las Antillas. En ninguna de esas explicaciones se ha aprovechado, empero, un hecho ahora mejor conocido por antropólogos y lingüistas: los taínos formaban parte de la gran familia de pueblos arahuacos, y, como tales, hablaban una lengua que tiene gran afinidad con otras que siguieron hablándose en las Antillas Menores, en las Guayanas y en regiones del Brasil y Venezuela.

Estos nuevos datos son de primordial importancia. En Cuba ha existido una notable tradición lexicográfica, desde Esteban Pichardo y Antonio Bachiller hasta Alfredo Zayas y otros más recientes, que ha dejado una serie de glosarios, cada vez más precisos y completos, de las voces indígenas que han sobrevivido en la isla. (28) Esa tradición, extendida a las otras Antillas españolas, ha culminado luego en los valiosos estudios de Pedro Henríquez Ureña. (29) Pero esos aportes no nos ayudan en la indagación que aquí nos proponemos. Si se ha de superar el carácter enumerativo de esas labores, es

(27) Mártir de Anglería, déc. II, lib. VII, pág. 261.

(28) Antonio Bachiller y Morales, *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y las Lucayas,* 1ª ed., La Habana, 1877; 2ª ed., La Habana, 1883; Esteban Pichardo, *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas,* 3ª ed., La Habana, 1862; Alfredo Zayas y Alfonso, *Lexicografía antillana. Diccionario de voces usadas por los aborígenes de las Antillas Mayores y algunas de las Menores . . .* La Habana, 1914.

(29) Pedro Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos,* Buenos Aires, 1938.

necesario abrir nuevas rutas que nos lleven a internarnos en los trabajos que han demostrado la relación del taíno con las demás lenguas arahuacas y a la plena utilización del caudal de gramáticas, vocabularios y monografías descriptivas de esas lenguas. (30)

Pues bien, al manejar ese material lingüístico, encuentro que C. H. de Goeje registra en Surinam la voz *da-kuban* "my field" (mi campo, mi terreno), y de investigadores anteriores recoge las grafias *a-koba, a-kuba* y *u-kuba,* todas con el sentido de "field, ground" (suelo, campo, terreno). (31) En estas transcripciones, explica el mismo Goeje, la vocal inicial *a-, u-,* no es parte de la raíz, sino un prefijo que denota o anuncia el carácter general de la palabra: por eso separa con un guión el prefijo de la raíz. (32) *Koba* o *Kuba* debió de ser, por consiguiente, la voz que Colón oiría. Y eso vendría a explicar la vacilación del Almirante al registrarla, abriendo o cerrando la vocal de la primera sílaba, primero como *Colba* y luego como *Cuba.*

A la luz de lo arriba consignado cabe ahora releer el siguiente párrafo de Las Casas:

> Estimó el Almirante que toda aquella tierra no era isla, sino firme, y en la verdad fue la isla de Cuba; y lo que dijo Martín Alonso que los indios decían que del susodicho río a Cuba había cuatro jornadas y que debía ser alguna ciudad, manifiesto parece cuánto al revés entendían de lo que los

(30) De esa bibliografía, que por lo copiosa rebasaría los límites de una nota, escojo, entre los estudios que relacionan al taíno con el arahuaco, los siguientes: Daniel G. Brinton, "The Arawack Language of Guiana in its Linguistic and Ethnological Relations", en *Transactions of the American Philosophical Society,* New Series, vol. XIV, 1871, 427-444; C. H. de Goeje, "Nouvel examen des langues des Antilles avec notes sur les langues arawak-maipure et caribes et vocabulaires shebago et guayana (Guyane)", *Journal de la Société des Américanistes,* Nouvelle série, XXXI (1939), 1-120; Douglas Taylor, "A Note on the Arawaka Affiliation of Taíno", *International Journal of American Linguistics,* XX, (1954), 152-154.

Y entre los estudios más extensos y útiles del arahuaco menciono: C. H. de Goeje, *The Arawak Language of Guiana,* Amsterdam, 1928, y [Th. Schumann] "Arawakisch-Deutches Worterbuch-Grammatik der Arawakischen Sprache", en J. Crevaux *et al., Grammaires et vocabulaires roucouyenne, arrouague, piapoco et d'autres langues de la région des Guayanas,* Paris, 1882, págs. 69-240.

(31) Goeje, *The Arawak Language,* pág. 253; 27, y pág. 169, ¶ 128, e.

(32) Sobre esta característica, *ibid.,* págs. 64-65, ¶ 17.

> indios por señas les hablaban, porque aquella Cuba no era isla toda, que así se llamaba, ni era ciudad, como Martín Alonso creía, sino una provincia que se llama *Cubanacán*, "cuasi al medio de Cuba", porque *nacán quiere* decir en la lengua de estas islas "medio" o "en medio" y así componía este nombre *Cubanacán*, de *Cuba* y *nacán*, tierra o provincia que está en medio o cuasi en medio de toda la isla de Cuba. (33)

En efecto, el *nacán* a que se refiere Las Casas es el término arahuaco que Goeje transcribe *anaka, annakka* (34) y Brinton *annakan*, (35) ambos con el sentido de "el medio" (the midst) o "en el centro" (in the center). Lo cual vendría a comprobar que *Cubanacán* o *a-kuba-annakan* significó, como bien dice Las Casas "tierra o provincia que está en medio o cuasi en medio". Y quedaría así mutuamente confirmado el significado de *Cuba* como "tierra o terreno" en arahuaco, y "tierra o provincia" en taíno. (36)

CONCLUSION.—Tal vez llegue el día en que, con mayores conocimientos de la lengua taína de los que hasta ahora poseemos, sea

(33) Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, cap. XLIV. En la edición de México, 1951, tomo, I, pág. 224.

(34) Goeje, pág. 35.

(35) Brinton, pág. 440.

(36) Hay, por otra parte, una extraña coincidencia que deseo mencionar. Brinton explica: "*Kubo*, en arahuaco, es el signo del tiempo pasado y se usa como prefijo a los nombres igual que como sufijo a los verbos. *Kubakanan*, "antepasados, los fallecidos, los que vivieron en tiempos pasados". (*Op. cit.*, pág. 440). Y Goeje recoge el verbo *kowa* "estar ausente", así como los términos *kubakadi* "los patriarcas" y *kuba* "tiempo pasado". (*Op. cit.*, pág. 181, ¶143, y pág. 195, ¶ 163 g, 4). Esto lleva a preguntar, en el significado de *Cuba* "tierra o provincia", ¿entraría acaso la idea de lugar a donde iban los antepasados, los fallecidos? Careciendo de suficiente información para resolver esa duda, quede por hoy esta coincidencia como mera homofonía.

Y consignemos, de paso, otra curiosa homofonía. En el idioma guarao, hablado por tribus de Venezuela, el verbo *kubá-* significa "disparar el arma acertando", y de ese verbo se forma el sustantivo verbal *kuba* "objeto para cazar, pescar o pelear". (Basilio M. de Barral, *Diccionario guarao-español español-guarao*, prólogo de Johannes Wilbert. Caracas, 1957, pág. 140). En dicho prólogo Wilbert sugiere la posibilidad de que algunos topónimos antillanos —entre ellos el nombre de Cuba— sean de origen guarao. Como el arahuaco y el guarao son lenguas evidentemente distintas, es poco probable que los taínos acudieran a préstamos de un idioma geográficamente tan distante para nombrar las tierras que iban ocupando.

posible confirmar o rectificar la etimología que aquí he propuesto. En tanto, quizá haya sido Colón quien mejor captara la realidad nombrada con la palabra Cuba en esta frase: "Isla la más hermosa que ojos hayan visto". Y acaso por eso el nombre quedó, olvidado su lejano origen, como oscuro signo de todo cuanto quiso decir el taíno y cuanto quiso expresar el Almirante. Y acaso por eso no se ha vuelto a llamar Juana, Isabela o Fernandina, sino Cuba. Y entre cubanos, concentrando muy complejos y profundos sentimientos en un cariñoso diminutivo, Cubita: nuestra Cubita Bella.